

por LUIS MARTÍNEZ

1

Carlos le pasó el periódico a Miguel con gesto conmovido:

—¿Has visto? Murió Marta de Castro, la gran bailarina...

—Ya lo leí en la prensa esta mañana...

—Me imagino que te habrá afectado.

—No sé... Nos amamos dos años apasionadamente. Fue mía como, posiblemente, ninguna otra mujer... Pero han transcurrido veinte años... ¡Ya soy otro!

—De todos modos, hay seres inolvidables...

—Hace años que no pensaba en ella...

—¿Era muy bella?

—Sí... Una criatura fascinante...

—Lástima que el periódico no traiga su fotografía...

—No le gustaba retratarse... Tengo para mí que no era fotogénica.

—¿Cómo era?

—Alta, espigada...

—Pero sus ojos, sus cabellos...

—Sus ojos... La tengo en mi mente como una nebulosa... A ve-

ces uno recuerda tan vívidamente que le parece ver a la persona dentro de uno mismo como si nos mirase...

—Pero a Marta no la recuerdas así...

—No... Trato de rehacerla dentro de mí, de verla como era... y sólo vislumbro a una figura desvaída... No puedo determinar exactamente el tono de sus cabellos. Sé que eran castaños... Pero no más... No logro precisar el color exacto de sus ojos, el fulgor de sus pupilas... Los años han destruido su imagen...

Miguel era un hombre alto, delgado, de traza distinguida. Algunas canas coronaban su frente. Se puso de pie en la minúscula sala de lectura y se marchó hacia su habitación. Carlos se inmersó afañosamente en un libro.

2

Abrió las gavetas de su archivo y sacó unas cartas. Estaban atadas finamente con un hilo de oro, dentro de un estuche de madera tallada. Tomó una. Trató de leerla:

—«Podremos vernos...» «esta noche...» «No te olvido...» «Aceptaré el contrato...» «Los hombres...»

Las letras estaban borrosas. No podía rehacer el texto. Sólo quedaban palabras sueltas, huérfanas de calor y de vida. Sin sentido. Tomó entonces su retrato. Lo miró. Lo escudriñó. Pero no pudo percatarse de su rostro. Se había desdibujado. Era una mancha desleída, fría. Apretó fuertemente los papeles entre las manos. Una angustia secreta le estrujó el pecho. De pronto, por su mente, saltaron unas imágenes:

—¿Qué tal, Miguel? ¿Qué haces?

—Espero a Marta.

—¿Continúas la aventura?

—Ya no lo es... Son dos años de querernos ininterrumpidamente...

—No es mujer para ti.

—¿Por qué?

—Una artista se debe siempre a su público. No pertenece a nadie más...

—Lo sé... Pero Marta me ama...

—Tal vez...

Pero ella no llegó. Se había marchado subrepticamente, esa

misma tarde, con otro hombre. Nada menos que con un amigo de Miguel.

3

La conoció una noche desabrida y triste. María era bonita: Alta, juncal. Los cabellos castaños. Los ojos brunos. Se quedó mirándola fijamente. La sala estaba repleta de gente. Era una fiesta informal, entre amigos, en lo que ellos llamaban festivamente su club de solteros.

—¡Marta!

—No... María... María Estévez...

—¡Perdón!

—Me ha confundido...

—Se le parece usted extraordinariamente... Pero, ahora, al oírla hablar, me doy cuenta que es otra...

—Lo lamento...

—Ella tenía un fuego en las pupilas, un calor en la voz...

—¡Qué pena! Quisiera ser amiga suya por mí misma... Pero, desgraciadamente, llego a usted por la vía del recuerdo de otra...

Bailaron. Estrecharon la amistad. Miguel siguió cultivando el afecto. Pensó que la amaba. Un día se lo dijo:

—Creo que te quiero...

—¿No estás seguro?

—No sé...

—Yo a ti sí... Te necesito. Hay algo en ti que me resulta imprescindible...

Otra tarde se citaron en un restaurante campestre. Estaban solos. Fueron a una terracita acogedora, ensombrecida por unos altos almendros.

—No sé, Miguel, a veces me miras y te quedas como fuera de ti...

—En efecto... Me he dado cuenta... Me recuerdas a quien no quisiera recordar...

—¡A Marta!

—Sí...

—¿La odias?

—La desprecio.

—¿No logro nunca ser yo misma? ¿Siempre me ves como si fuera ella?

—No siempre... A ratos...

La noche se les caía encima. La terracita estaba sola. Era una isla separada del resto del mundo. Ella se le acercó suavemente:

—Te quiero, Miguel, te quiero...

—Eres dulce y buena... Me gustaría que fueras mía...

Él la atrajo contra sí. La miró como absorto. La contempló un rato que le pareció un siglo. Algo como la fuerza de un huracán se le desató dentro de sí. La besó apasionadamente:

—¡Marta querida!

—¡Marta!

—Perdón... Creí, por un momento, que la besaba a ella... Perdóname, María...

A la muchacha se le nublaron las pupilas. Y sintió un rencor hondo, quemante, por el intruso recuerdo que malograba su esperanza. Él bajó los ojos taciturno. No se vieron más.

4

Miguel tenía las cartas en las manos. Estaba pálido. Sentía que algo misterioso se había roto dentro de sí mismo. Se fue con ellas hasta la sala de lectura.

—Aquí las traigo, Carlos... Sus cartas... Su retrato...

—¿Me dejas leer alguna? ¡Tengo curiosidad!

—No es posible... Se han borrado todas... Sólo quedan palabras sueltas, sin sentido...

—¿Y la fotografía?

—Mírala...

—Es imposible apreciar nada... Se ha apagado casi totalmente... Sólo se ve una mancha...

—Marta se me ha esfumado... ¡No me queda ni siquiera el recuerdo!

—Como si nunca la hubieras amado...

—El filo del tiempo lo ha cortado todo...

—No lo creo... Recuerda que ni siquiera te has casado. Has permanecido soltero porque no has encontrado otra mujer como ella...

—Calla, Carlos... Si es verdad no quisiera saberlo...

—Guarda las cartas... Ya no podrás vivir ni siquiera del recuerdo...

—Dámelas...

En un testero de la habitación había un candelabro gigante. Lo

encendió nerviosamente. Y las fue quemando, con júbilo secreto, una a una. De súbito, la cara se le iluminó. Una sonrisa fría le desfiguró el rostro. Los ojos le brillaron como ascuas:

—¡Ahora la veo! Ya veo como era... ¡Bella y diabólica! La veo entre las llamas... ¡Se quema! ¡Carlos, arde como una brizna encendida...! ¡Ya podré recordarla para siempre!